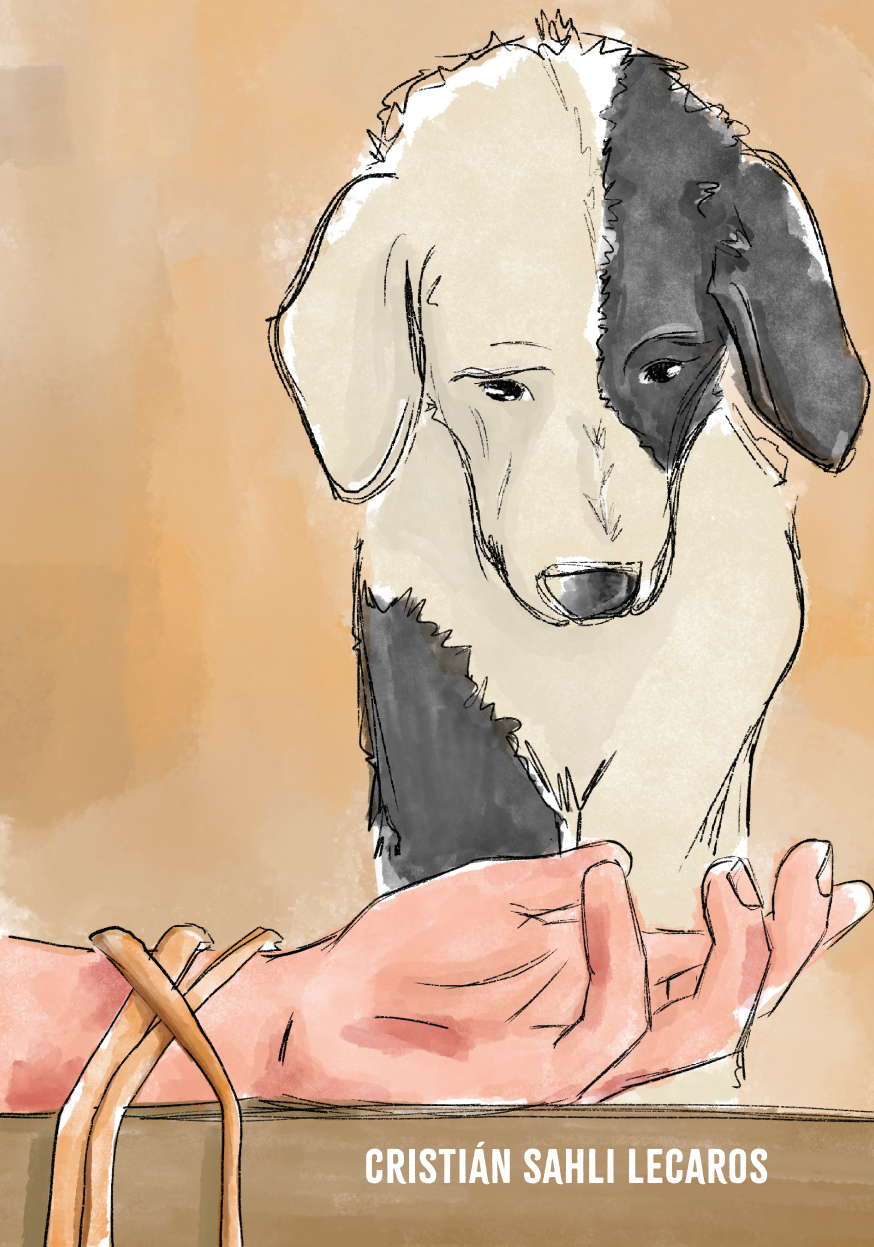


ÁRIE, EL PERRITO DEL CALVARIO

didaskalosinfantil

6




didaskalos

CRISTIÁN SAHLI LEGAROS

CRISTIÁN SAHLI LEGAROS

ÁRIE, EL PERRITO DEL CALVARIO



Algunos lectores se preguntarán si era frecuente tener mascotas en Israel al inicio de la era cristiana. Quiero aclararles que sí, y que esos animales de compañía eran habitualmente perros. Yo fui uno de ellos y me llamo Árie.

No conozco el momento en que los perros empezamos a existir. Poco antes de morir, mi abuela Nóga me explicó que, probablemente, existen desde que Adán y Eva habitaron la Tierra o muy poco después. La ciencia ha explicado que pertenecíamos a la familia de los lobos y que, con el tiempo y gracias a la domesticación humana, nos volvimos más apacibles y sociables que ellos.

Los romanos, que llevan casi ochenta años invadiendo nuestra tierra palestina, nos llaman “canis familiaris”. Tienen razón, porque somos animales a los que nos gusta convivir con los humanos y agradecemos sus cuidados. Estoy seguro de que la mayoría de ellos también disfruta de nuestra compañía.

Lo mejor para un perro es ser acogido en una buena familia, porque desde el primer momento te consideran

parte de ella, te diviertes mucho con los niños, ves crecer a sus integrantes y a todos les agrada que los defiendas en los peligros. Sin embargo, es evidente que no todos los perros gozan de esa fortuna.

Por eso, nuestra felicidad depende del amo que nos haya caído en suerte, de ahí la importancia de que sea bueno. También se puede optar por ser un perro vagabundo, pero, a la larga, la soledad y el aislamiento son muy duros.

Hago esta introducción para remarcar la importancia de las circunstancias, ya que soy un perro favorecido y debo agradecer al cielo mi suerte.

Nací en Nazaret y no tengo todavía muchos años. Como ya he dicho, en Palestina está de moda tener un perro de mascota. Hace poco supe que algunos amos, poco antes de morir, piden que se les entierre con sus perros. Se trata de una práctica reprobable porque al perro lo entierran vivo, pero demuestra hasta qué punto el ser humano considera su existencia unida a la nuestra.

Mi amo se llama José y mi ama, María. Soy la tercera mascota que han tenido después de mi abuela Nóna y de mi madre Shira. De mi padre y mi abuelo no sé casi nada, pero nadie debe alarmarse porque así suele suceder en la vida canina. Es nuestra madre la que nos cría un tiempo breve y luego nos arroja a la vida. Somos más autosuficientes que los humanos y esa es la razón por la que nos atrae protegerlos.

ÁRIE, EL PERRITO DEL CALVARIO



Nóga me explicó que José la adquirió en una feria cuando era pequeña y se la regaló a María poco tiempo después del matrimonio. José quería que su esposa no estuviera sola mientras él trabajaba en el taller. Mi abuela sirvió fielmente a los esposos hasta su muerte. Ella participó del inolvidable viaje a Belén.

Allí, en esa noche pobre y luminosa, Nóga vio nacer a Jesús. ¡Me lo contó tantas veces y siempre con la misma emoción!

–Fue el momento más maravilloso y sorprendente de mi vida –repetía–. Sucedió en un establo, a las afueras de Belén. Una estrella vino de oriente, se oyó un canto angelical, los primeros testigos fuimos un burro, un buey y yo; luego llegaron los pastores. Sin embargo, lo más hermoso era el recién nacido. ¡Qué belleza! ¡Qué grandeza! ¡Qué dignidad!

Lo decía acariciando su recuerdo y saboreando cada palabra. Luego hablaba del asombro que le causó ver a los camellos y a los reyes de oriente. El olor del incienso la cautivó, quedó asombrada del brillo del oro y se preguntaba para qué serviría la mirra. Mi abuela murió pensando en ese recuerdo, se durmió en paz cuando yo todavía era pequeño.

En cambio, mi madre, Shíra, no tenía nada tan llamativo que contarme pues su historia había sido corriente. Me hablaba mucho de la importancia de lo cotidiano, del amor

en la vida doméstica, de la atención y del cariño de María y José entre ellos y con Jesús.

—¡También yo me doy cuenta, es evidente que esta familia tiene algo especial, no hace falta que me lo digas! —le respondía muchas veces con altanería.

Mi madre murió antes de lo que todos hubiésemos querido, de una triste enfermedad. Ahora reconozco que ella comprendía mucho mejor que yo lo que sucedía en ese hogar.

Recuerdo muy bien que, durante su entierro, Jesús me tomó en sus brazos. No solía hacerlo porque sabía que no me agradaba demasiado que me trataran con mimos y ternuras. En ese día tan triste, sin embargo, se lo agradecí, porque lloraba desconsolado, a pesar de ser un animal valiente. Para alentarme, me dijo al oído:

—Tranquilo, Árie, María y José te van a cuidar con gran cariño.

Levanté mis orejas agradecido y consolado. Con un suave ladrido le pregunté si acaso él me cuidaría también. Me contestó al instante:

–Yo debo recorrer todas las ciudades y aldeas enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias. Saldré dentro de poco.

No pude evitar un quejoso gruñido.

–Me encantaría que me acompañaras –agregó Jesús–, pero es preferible que te quedes con mi madre. Ya ves que José está enfermo y su situación se puede agravar en cualquier momento. Quizá mi Padre del Cielo quiera que vaya pronto junto a Él.

Sus palabras me causaron tanta pena que escondí la cabeza en su pecho, sin saber cómo reaccionar. Todo lo que él decía se cumplía.

Jesús comprendió mi angustia y me dijo:

–Te aguardará una importante tarea, la de acompañar y proteger a María. No olvides que ella es la mujer más grande del universo y tú serás su custodio.

Me sentí honrado y feliz, y de pura alegría me moví tanto en sus brazos que Jesús se vio forzado a dejarme en el suelo. Desde ese momento desaparecieron mis penas y corrí a los pies de María, dando saltos y campaneando de gozo y emoción. Ella no entendía bien qué me pasaba y Jesús no se lo explicó.

ÁRIE, EL PERRITO DEL CALVARIO



Esa noche sentí nostalgia de José y de Jesús al saber que pronto partirían. Recordé tantos momentos alegres vividos junto a ellos.

Pocos días más tarde, José tosía cada vez con más intensidad y su rostro se veía desmejorado. Le oí comentar a María que algunas jornadas previas había sufrido leves ahogos al hacer esfuerzos en su taller, pero no habían pasado a mayores. Me daba lástima ver así a José después de haberlo conocido vigoroso y saludable.

Un día cualquiera, antes de salir de su casa para dirigirse al taller, se desmayó. María corrió a ayudarlo. Al poco volvió en sí y prefirió recostarse. Dijo que había sentido su corazón latir descompasado hasta perder el sentido.

En la tarde, más recuperado, aunque sin fuerzas todavía para trabajar, salió a dar un paseo con Jesús cerca de la casa. Yo me quedé en la cocina y oí a María rezar:

–No te lo llesves todavía, Padre mío, necesito a José –dijo–, pero que se haga tu voluntad.

Entonces me acerqué a ella dando suaves aullidos para unirme a su oración y comunicarle el mensaje de que siempre la acompañaría. María me acarició.

La semana siguiente fue difícil. José se veía cansado y decía notar que su corazón no funcionaba como debía. María y Jesús lo acompañaban, especialmente cuando su respirar

se hacía más fatigoso. Los tres hablaron mucho durante esos días y sus rostros reflejaban abandono y paz.

Una tarde, a eso de las ocho, José sintió un intenso dolor en el pecho. Se dobló sobre sí mismo. María lo abrazó y yo corrí a llamar a Jesús. Al llegar, José susurró:

–Que mi dolor sea uno con el tuyo.

Yo no pude comprender el sentido de esa frase.

Luego perdió el conocimiento.

Lo tendieron en la cama. María, de rodillas junto a él, no pudo reprimir el llanto y Jesús también lloró. Yo aullé de pena y dolor, queriendo que toda Palestina se enterara de la partida del mejor de los padres.

Al día siguiente fue el funeral. Caminé hacia el cementerio bien pegado a los pies de María para que notara mi cercanía. Jesús lideraba el cortejo fúnebre. Antes de enterrarlo dijo unas palabras maravillosas, que nos devolvieron la paz y la alegría a mí y a los parientes que nos acompañaban.

Pasaron algunas semanas y Jesús avisó a su madre que comenzaría su predicación. Se despidió de ella con gran cariño y a mí me hizo cosquillas en el cogote.

–No olvides tu misión –me dijo–, cada uno ha sido creado por mi Padre con una tarea para cumplir en este mundo: tú tienes la tuya y yo la mía.

Moví la cabeza en señal de afirmación y me enderecé como un soldado para demostrar que comprendía mi responsabilidad. Me sentí orgulloso del encargo que me confiaba.

–Cuidaré con esmero a María –le respondí con un claro ladrido.

Jesús marchó solo por el camino con una alforja como único equipaje. Su madre lo miraba silenciosa. Al perderlo de vista, tras un recodo, levanté mis ojos y la observé. Dos lágrimas resbalaban por sus mejillas. Pronto se dio la vuelta y entró en la casa.

–Para eso ha venido –la oí musitar.

Por la tarde María realizó su habitual recorrido de atención a ancianos y enfermos, y yo la seguí sabiendo que eso era lo que Jesús quería de mí.

A un mes siguió otro y así. De vez en cuando llegaban a María noticias de Jesús: que predicaba la buena nueva y las muchedumbres lo seguían; que lo ayudaban doce apóstoles y algunas mujeres; que recorría toda Palestina sanando enfermedades y dolencias del alma.

ÁRIE, EL PERRITO DEL CALVARIO



El primer año de ausencia, en dos o tres ocasiones, pasó a ver a su madre y fueron días muy felices. Por esas fechas hizo algunos milagros y yo fui testigo de ellos. ¡Curó a un paralítico delante de mis narices! ¡Fue impresionante el modo en que se sanaron esos muñones y huesos torcidos! ¡Y el mudo que comenzó a hablar causó gran impresión a todos! En esos momentos prodigiosos yo correteaba de un lado a otro, saltando y contoneándome de orgullo y alegría.

Las veces que estuvimos juntos, Jesús me trató con gran cariño. Lo vi explicar a sus apóstoles que los animales somos criaturas de Dios a los que rodea de su solicitud providencial. Les dijo que se nos puede amar, pero no se puede desviar hacia nosotros el afecto debido únicamente a los humanos. Yo moví la cola feliz de que se me ame como lo que soy: un perro ¡nada más y nada menos!

Luego de esa enseñanza, los doce apóstoles me hicieron algunas carantoñas, pero sobre todo me divertí con Juan, el más joven de ellos. Es un muchacho estupendo y atlético, jugamos juntos largo rato. Él me tiraba un trozo de madera y yo corría a recogerlo mientras el palo daba botes y rebotes en el suelo. Corrí como nunca y terminé feliz y con la lengua afuera.

A finales del segundo año de predicación de Jesús las noticias cambiaron de color. María recibió comentarios de que lo perseguían por sus buenas obras. Ella sabía que era por el orgullo de quienes no querían aceptar su doctrina salvado-

ra. Las autoridades religiosas iban por delante en el acoso. María estaba preocupada y decía que pronto se cumpliría la profecía de Simeón. Yo no sabía a qué se refería, pues mi madre y mi abuela no me habían hablado de esa predicción.

Quedaban pocos días para la fiesta de Pascua. María recibió una infeliz noticia. Se la dijo Salomé: los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se habían reunido en el palacio de Caifás, el sumo sacerdote, y habían acordado apoderarse de Jesús con engaño y darle muerte. No querían hacerlo durante la fiesta, para que no se produjese alboroto entre el pueblo, pero estaban determinados.

María tuvo el presagio de que todo se adelantaría y decidió trasladarse de inmediato a Jerusalén junto a algunas mujeres. Yo fui con ellas.

Llegamos el mismísimo día de Pascua. En el centro de la ciudad, y de modo inesperado, reconocí a mi amigo Juan, el joven apóstol juguetón. Le di un par de ladridos para llamar su atención.

Me vio y se acercó a nosotros. No estaba tan alegre como la última vez. Se le veía alarmado y nervioso. Le relató a María lo que había sucedido la noche anterior en el huerto de Getsemaní, donde se hallaba Jesús con sus discípulos: la llegada de una tropa armada y la traición de Judas al Maestro señalándolo con un beso. Luego, los golpes y el apresamiento. Los apóstoles habían huido dominados por el pánico.

La doctrina cristiana enseña que los animales son criaturas de Dios, que lo bendicen y le dan gloria por su simple existencia. También los seres humanos les deben aprecio. El ejemplo de santos, como Francisco de Asís y Felipe Neri, invita a tratarlos con delicadeza. Se puede amar a los animales, pero no se puede desviar hacia ellos el afecto debido únicamente a los seres humanos. Están confiados a su administración, al igual que toda la creación, por lo tanto, es legítimo domesticarlos para que ayuden a los hombres en sus trabajos y entretenimientos. Asimismo, es lícito servirse de ellos para el alimento y la confección de vestidos. En cambio, es contrario a la dignidad humana hacerlos sufrir inútilmente y sacrificar sin necesidad sus vidas; así como invertir en ellos sumas que deberían remediar carencias propias del ser humano.

Por medio de la ficción literaria, el autor da vida y humaniza a Árie, un simpático perrito de la raza de Canaán, muy antigua en el Oriente Medio. Lo hace acompañante de la Sagrada Familia de Nazaret y testigo de los momentos más representativos de la vida de Jesús, María y José. El lector se rinde ante la sencillez de los sentimientos de Árie, y tiende a identificarse con ellos, fomentando así su amor y agradecimiento ante el sacrificio redentor de Cristo en la Cruz.